

las pirámides del Sol y de la Luna, descubrimientos que han permitido conocerla mejor. Las piezas se han presentado a través de temáticas sucesivas para poder facilitar a los visitantes descubrir esta antigua ciudad, comprender su funcionamiento, su papel y la influencia que ha tenido en el mundo mesoamericano. Por otro lado, esta exposición única presentó piezas que no han sido exhibidas en Europa. El 95 por ciento de las piezas vinieron de colecciones mexicanas (del MNAH, del Museo de Teotihuacán y de la colección del Museo Anahuacalli de Diego Rivera) y 5 por ciento de colecciones europeas (París y Berlín).

Espléndidas pinturas murales, costosas vasijas de barro, esculturas de piedra, figuras cortadas de obsidiana y estupendos adornos configuran esta magnífica colección.

Se instaló el armónico conjunto del plano de la ciudad —con sus monumentos y palacios y la famosa “avenida de los muertos”—, el cual introduce el contexto *ad hoc* de los objetos, concepto esencial para poder ubicarlos en su cultura teotihuacana.

Sobresalen, entre otras magníficas piezas, la famosa máscara mortuoria de la etapa clásica, con incrustaciones de jade y concha. Aparece en la portada del catálogo de la exposición del Museo Quai-Branly de París.

Cabe mencionar que esta exposición, gracias a la enorme difusión de los medios de comunica-

ción, no sólo llegó a la elite política y social de los países visitados, sino también a una buena parte de la población que no tenía idea de la existencia de estas obras prehistóricas exhibidas. Esperemos que esto pronostique la apertura de México a niveles internacionales para mostrar su invaluable patrimonio. ■

TOCADO DE DANZA TLINGIT

Irene A. Jiménez

El espléndido tocado de danza exhibido en la exposición “Los Primeros Pueblos de Canadá, Obras Maestras del Museo Canadiense de las Civilizaciones”, representa en sí mismo todo lo que ha contribuido para que la deslumbrante cultura de los “pueblos del cedro” sea una de las más singulares y ricas entre las culturas primitivas.

La placa frontal, tallada en madera con la figura de un oso —indudablemente el emblema clánico del portador del tocado—, representa al bosque generoso que les proporciona la madera para construir sus grandes casas comunales, sus canoas, sus postes totémicos y sus impresionantes máscaras, además de que alberga al emblemático oso de los mitos y leyendas.

El mar, de donde proviene su riqueza, que asume la forma de

inexhaustibles corridas de salmón (que cada primavera y otoño colma sus depósitos de reservas alimenticias alejando las hambrunas), está representado por las placas de abulón que adornan y enmarcan dicha placa frontal, así como también por los bigotes de morsa, que se elevan rígidos entre las plumas de halcón.

Estos dos últimos elementos forman un cerco dentro del cual se coloca abundante plumón de águila, que al ritmo de la danza se va elevando y esparciendo en un simulacro de nevada que simboliza la paz.

La impresionante cauda de pieles de armiño (recordemos que en la Europa de las leyes suntuarias el armiño estaba reservado para la realeza) nos remite al “tráfico de las pieles” en el que participaron nativos y europeos y que tanta riqueza y extravagancia aportó al Potlatch, la típica ceremonia que incluye banquetes, representaciones de los mitos y danzas y durante la cual un jefe distribuye con largueza riquezas materiales y adquiere a cambio enorme prestigio y la confirmación de su estatus de nobleza.

El tocado que nos ocupa debió ser portado por un jefe del clan oso durante una de estas celebraciones. Ahora forma parte de esta magnífica colección de obras maestras, que tuvimos la oportunidad de admirar en el Museo Nacional de las Culturas, por cortesía del Museo Canadiense de las Civilizaciones. ■